

JAIME LASO, "EL CEPO" Y LA GENERACION DEL 50¹

EDUARDO GODOY GALLARDO

La década 1950-1960 muestra la conformación definitiva del grupo conocido como Generación del 50. En ese período es necesario señalar lo publicado novelísticamente entre los años 1956 y 1958 que señala, a nuestro juicio, una etapa peculiar y significativa. Son tres años que se transforman en puntos claves de la existencia del grupo generacional. En ese lapso, se publican *Daniel y los leones dorados* (1956) de José Manuel Vergara, *Coronación* (1957) de José Donoso, *El cepo* (1958) de Jaime Laso, *Islas en la ciudad* (1958) de María Elena Gertner, *El huésped* (1958) de Margarita Aguirre y *Para subir al cielo* (1958) de Enrique Lafourcade.

La publicación de esas seis novelas marca, de manera definitiva, la vigencia del grupo generacional. Se percibe ahí una comunidad de intereses que los identifica. El examen del mundo narrativo detecta la presencia de una serie de motivos comunes, una atmósfera similar y un intento de superar patrones que habían sido característicos del quehacer novelesco nacional.

En esta oportunidad, intentaremos determinar lo que significó en su tiempo, y en la novela nuestra, la obra de Jaime Laso, *El cepo*. Nuestro acercamiento consta de dos partes: la primera consiste en una revisión de lo que la crítica del tiempo vio en esta novela de Laso, y la segunda, un análisis del mundo entregado en *El cepo*.²

¹ Ensayo generado por el Proyecto FONDECYT N° 567-91: *La novela de la Generación del 50*.

² Sobre el grupo generacional, véase Godoy, Eduardo: *La generación del 50 en Chile. Historia de un movimiento literario* (Editorial La Noria, Santiago de Chile, 1991). Específicamente, sobre el período 1956-1958, véanse las pp. 51-155. Los textos sobre *El cepo* están incorporados entre las pp. 96-107.

I. Revisión crítica

Es interesante reseñar lo que la crítica del tiempo sostuvo en torno a esta novela, pues revela, con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, la manera cómo se recepcionó este texto. Para ello, acudiremos a lo sostenido por el comentario y la crítica ejercida en diarios y periódicos.

Claudio Giaconí, uno de los integrantes fundamentales de la Generación del 50, en artículo aparecido en *Las Últimas Noticias* el 27 de noviembre de 1958 bajo el título de *El cepo, símbolo de nuestro tiempo*, la considera "...la novela chilena más universal que he leído" y piensa que su protagonista, Juan Garín, vive su experiencia de aplastamiento con plena conciencia, y enfatiza su validez no sólo nacional: "...quedará como obra acabadísima, de las pocas que se pueda decir que simboliza, aunque sólo sea una parcela, el acaecer humano". Ve en ella influencia de Gogol, en especial de *El capote*, de Maupassant y de Olegario Laso. El mundo de la oficina que ahí se entrega es "...estrecho y mezquino, pero sorprendentemente veraz".

Hernán Díaz Arrieta, *Alone*, da sus opiniones en artículo aparecido en *El Mercurio* el 7 de diciembre de 1958. En él, destaca las condiciones que revelan a un autor con futuro en ésta su primera novela: "...la seguridad, el paso desenvuelto, la sensación que inmediatamente causa de que no va a perder el tiempo ni hacérselo perder. Nada de rodeos, descripciones, reflexiones, consideraciones o divagaciones más o menos inútiles. Parece que tuviera algo concreto e importante que decir y que va a decirlo; su simple actitud, su energía, su ritmo, la sucesión de pequeños detalles acumulados y rápidos producen la sensación de que conoce su asunto y nos arrastra narración adentro". Vincula la novela con un problema de actualidad: "...aunque de superficie rigurosamente objetiva, exterior e imparable, *El cepo* envuelve una sátira, es la tragedia del hombre moderno, ansioso de aventuras, soñador y rebelde, aprisionado por la organización social, víctima de sus mil pequeños hilos inevitables..." Recalca la ausencia de contrapunto a ese tipo de vida negativo, tremendista y carente de salida: "...un reproche fundamental de técnica y es la falta de contrapunto, la ausencia de planos y entonaciones que, diversificándose proporcionalmente, se valoricen". Para el crítico, el protagonista siempre está con la vista baja, se queda sin salida: he ahí el defecto clave para *Alone*.

Hernán del Solar, en artículo aparecido en *El Debate* el 29 de diciembre de 1958, destaca la condición común y corriente de los personajes: "Jaime Laso no ha creído que una buena novela se escribe sólo con personajes extraordinarios, brillantes, inteligentes, poderosos: sabe que gente incolora, tímida, asombrada de sus calladas rebelías [...] es tan estimulante como la mejor para un novelista dueño de su talento". Celebra, además, el primer plano en que se ubica el burócrata, tras quien siempre se oculta un ser humano.

Enrique Lafourcade, vocero del grupo, sostiene, en *La Nación* diciembre 1958, que Laso "...entrega una primera novela de refinada organización e impecable prosa, y torturado fondo".

Yerko Moretic en un artículo, *Realismo y Unilateralidad* (*El Siglo*, 25 de enero, 1959), enfoca tal como establece el título de su ensayo, el análisis de la novela desde dos aspectos. El primero radica en la intención del novelista de entregar un problema de real ocurrencia en nuestro tiempo: "...demostrar que la labor oficinesca es un cepo del cual nadie puede librarse y que termina por triturar toda posibilidad o todo deseo de una vida personal íntegra". Esta intención realista es calificada por el crítico como

ejemplar, lo que lleva a plantear la novela como muestra de negativismo, lo que finalmente produce un ambiente falso y abrumador: "En la Segunda Parte de la narración, cuando ya el protagonista aparece definitivamente derrotado en sus anhelos de superarse, convertido en un servil y repugnante hipócrita, a tono con un mecanismo inhumano e implacable, la exageración rebasa todos los límites y la novela cae en una recargada unilateralidad que la hace manifiesta y desagradablemente inverosímil".

Guillermo Blanco, otro integrante del 50, con el título de *Amargo diamante* da a conocer sus opiniones en la revista *Rumbos* N° 99-100 de enero-marzo 1959. Destaca la condición negativa del mundo novelesco: "Como con toda la amargura de la tierra está escrita [...] Ningún registro de luz penetra por ella, y a la lucha rebelde del personaje contra la tiranía oficinesca sucede una paz que es peor que esa lucha, porque es la entrega del individuo [...] que le permitirá entrar definitiva y resignadamente en una existencia gris", para añadir: "...el universo que describe está hecho de debilidades, flaquezas y claudicaciones. De ahí ese pesimismo que impregna de extremo a extremo la obra".

Alfredo Lefebvre (*El Sur*, 5 de abril de 1959) se sitúa en la perspectiva humana para comentar la novela de Laso: "...es el drama de la ausencia de espíritu. El protagonista sufre la frustración de su propia realización humana ante las impotencias que lo encadenan al cepo de la vida oficinesca. Deambula carente de toda fuerza elevadora, de toda noción más alta que su modesta circunstancia: ésta no tiene más horizonte que el festín amical entre camaradas no estimados, o los amorios sin compromiso del alma o el temor a perder la *pega* y la obsesionante puntualidad de colegio en el mundo de la oficina". Piensa que este problema -la falta total de vocación- conduce a la historia de un hombre sin destino y que éste es un problema actual; encuentra que la nota más importante se halla en su final: su conversión en hombre masa. Este ahondar en lo negativo es visto críticamente: "Todo autor es libre de representar el mundo que le brote de su entraña creadora o testimonial. Pero cuando no aflora a la superficie de las palabras cierta sensación ontológica de tensión interna, sino al contrario, se entrega al personaje a un anonadamiento sin sentido, de esencial apatía, uno se siente con perfecto derecho a preguntarse qué significa esta literatura tan delicuescente, aunque, como en el caso de *El cepo*, haya estilo de varias virtudes, entre las cuales la simplicidad y natural movimiento de la frase son las primeras, con un viejo naturalismo que recoge toda la ordinariez humana, que se mantiene a gusto en ese bajo nivel, a través de actitudes, sentimientos y vocabulario [...] ¿Hasta cuándo se va a aceptar que sigan escribiendo groserías sin justificación artística suficiente?"

Alfonso Calderón (*El Día*, 1 de junio de 1959) ingresa al análisis del texto a través del título como prefiguración del mundo oclusivo que terminará por aprisionar al protagonista. Estima el crítico que *El cepo* incorpora una serie de conflictos universales lo que le da validez más allá de nuestras fronteras. Ve en el desarrollo novelesco: "...un proceso vital que se desarrolla en una réplica *al revés* cuya culminación es el desamparo. El novelista, ante una existencia dada como problema, no enuncia las posibilidades laberínticas, sino que elabora una angustiosa noticia de un aspecto de la infelicidad humana: la de ser testigo del propio fracaso", para saludar, ante quienes se lamentan y anuncian el término de la vida literaria nacional, la presencia activa de Giaconi, Donoso, Lafourcade, Laso y Margarita Aguirre.

Ricardo Latcham (*Noticias de última hora*, 30 de noviembre de 1959) considera que el tratamiento del tiempo es fundamental y que es representativo de una problemática actual: "...se siente el tiempo cristalizado en una oficina y se llega a pensar que

es el personaje principal... El tiempo muerto, el tiempo abolido son parte del ritmo de *El cepo*. Es un libro que conmueve por su fibra humana y realista, pero que nunca exhibe una grieta de esperanza. Son muchas las gentes que viven metidas en una trampa semejante..." Coincide Latcham, con otros críticos, en reconocer a esta novela como otro avance de la Generación del 50 que enriquece "...el conjunto de buenos prosistas chilenos que tratan de hacer avanzar el relato por rutas distintas a los de la generación anterior".

II. Sobre *El cepo*³

La novela se estructura, externamente, en dos partes que recogen la vida del protagonista durante ocho años. Siempre se está hablando de diez años que es el lapso que Juan Garín necesita para acogerse a una jubilación parcial.

La Primera Parte abarca los ocho años que han transcurrido desde la incorporación del protagonista a la Sociedad Mutualista, y la Segunda lo que le sucede en parte de ese último año.

La situación épica del narrador señala, entonces, a un hombre que enfrenta su vida de acuerdo a sus experiencias y a las meditaciones que, de esas experiencias, van surgiendo página tras página. El espacio físico se encuentra en estricta relación con el espacio espiritual.

Se trata de un narrador en primera persona que jerarquiza los hechos narrados, los que son entregados desde la perspectiva actual, es decir, desde su presente, desde el hoy en que está instalado. Su temple de ánimo está marcado por lo que ha sido su vida durante estos ocho años. A pesar de los conatos de rebelión, reconoce que su pasado marca su presente y que marcará, también, su futuro. En este sentido, existe una inmovilidad permanente. Juan Garín está incrustado en una cárcel, en un cepo, del cual no puede escapar. Existe una línea temporal que señala una concepción determinista del mundo.

Lo anterior queda concretamente establecido en la Segunda Parte en el momento en que, luego de enterrar a un compañero de oficina, medita, arrellanado en su silla de trabajo y protegiendo sus pies del frío con una manta:

"Mis ojos se dirigieron al interior de nuestra Sección: el calendario del señor Gutiérrez, el mismo desde mi ingreso a la Sociedad, al cual sólo se le agregan hojas nuevas todos los años, me invitaba como siempre a conocer la región fértil y montañosa que ofrece. Sentí que una angustia suave me apretaba el alma; me pareció que ese momento lo había vivido en otras vidas iguales a ésta [...] Fue sólo un segundo, pero me pareció una eternidad. Igual a la eternidad que llevaba trabajando en la Sociedad y mirando las mismas tablas al frente, con los mismos nudos en la madera, el calendario montañés y el mismo cielo encapotado y nuboso. ¿Cuánto faltaba para mi liberación?" (pp. 107-108).

³ Cito por Jaime Laso: *El Cepo* (Ed. Zig-Zag 1958).

Se logra unir presente y pasado. Se vislumbra que en el futuro no habrá cambios. El párrafo citado -como otros que se señalarán más adelante- muestra la trabazón interna del relato.

Volvamos atrás. La novela se abre en el momento en que Juan Garín llega a la Sociedad Mutualista en busca de empleo. Su padre ha conseguido que el gerente de esa Institución -un antiguo subordinado suyo- le dé la posibilidad de trabajar ahí.

Revisar con detención ese primer momento es decidor, pues aquí se encuentra plasmado el clima espiritual que caracteriza al mundo representado. Además, existe la presencia de aspectos concretos que funcionan como verdaderos motivos que relacionan e interconectan todo el mundo narrativo.

El protagonista ingresa a su futuro lugar de trabajo una tarde calurosa y, desde ese comienzo, el espacio toma un carácter de enclaustramiento que se mantendrá hasta el final: "...Cuando traspuse el umbral, me pareció entrar a una cárcel para cumplir mi condena" (p. 15), lo que está en consonancia absoluta con lo que pensó en el momento en que su padre le dice que le ha conseguido, por medio de un amigo, empleo: "...Sentí que perdía la libertad gozada en el presente" (p. 19).

La primera persona a la que encuentra es el mayordomo el que: "...tenía cara de ave de rapiña y usaba quevedos. Tras ellos, sus ojos hurgaban a las personas hasta el interior" (p. 15), muestra de desconfianza y recelo que, además sirve para cerrar el capítulo, pues al terminar el primer día de trabajo y abandonar la oficina: "...me miró al pasar con mirada escrutadora, que molestaba. Tuve la impresión de que me vigilaba para que no pudiera llevarme nada..." (pp. 22-23). Un antiguo condiscípulo de colegio le advierte sobre la condición de sus posibles futuros compañeros: "- Si te aceptan trabajar aquí, ten cuidado con lo que hables; hay muchos soplones..." (p. 16). Su primer contacto con el gerente es también decidor: "El rostro del gerente surcado de arrugas, sus bigotes a lo Káiser y su voz ronca y fuerte, inspiraban respeto. Después supe que los empleados no sólo lo respetaban, sino que también le temían" (p. 17), y establece, desde ese primer momento, que, a pesar de la amistad con su padre, existe entre ambos una diferencia clave que es la que va de gerente a subordinado, y que se expresa, en forma concreta, en: "...el escritorio ancho y oscuro del gerente, convertido ahora en un foso insalvable, servía asimismo para mantener las distancias entre jefe y subalterno" (p. 17). En Ruiz, el contador que toma el examen de admisión, cree ver una reacción contraria: "...tuve la impresión de serle antipático. A mí se me figuró una cosa fría, una especie de lagarto gigante" (p. 18). Sams, uno de los empleados más antiguos de la Sociedad, lo saluda en forma fría y despectiva, porque, según le dicen a Garín: "Con todos los nuevos se comportaba en la misma forma y sentía una superioridad inobjetable por el hecho de llevar diez años servidos en la Sociedad..." (p. 21).

Posteriormente, se irán entregando una serie de datos sobre otros compañeros de oficina, pero, salvo contadísimas ocasiones, la nota caracterizadora es la misma. La frustración, la rutina, la importancia dada a cosas nimias es la nota común. Incluso, este primer capítulo se cierra con una reunión en un bar que exteriormente es grato y alegre, pero que oculta toda la miseria de los oficinistas.

Respecto al segundo elemento mencionado líneas atrás, está en relación directa con lo que se ha afirmado de los personajes. Hay una frase que, creo, los identifica y pone en relación, además, con otro elemento clave: el tiempo. Lo dice el narrador: "Las horas no transcurrían nunca..." (p. 21). Esta connotación debe tenerse siempre presente al entrar a determinar los elementos caracterizadores del mundo novelesco, y debe

tenerse presente, también, la noción de *espacio enclaustrado* que se señaló con el término *cárcel*.

En efecto, al realizar Juan Garín su primer recorrido por la oficina, percibe que entra a un espacio al que está habituado: "...una atmósfera azul, cargada de irrealidad..." (pp. 17-18), pero ese sueño se va a concretar, unos minutos después, al tomar contacto con los papeles que le servirán para rendir su prueba: "...Sobre ellos se posó una mosca azul y gorda. No tuve ánimo para espantarla. Después de caminar un momento encima de ellos, voló hacia la ventana..." (p. 18).

Este clima de irrealidad, marcado por el narrador, adquiere un sentido especial si se recuerda lo que simbólicamente significa al color azul. Aquí juegan factores contrapuestos que son determinantes para comprender lo que se está entregando: el deseo del protagonista de encontrar, aunque sea inconscientemente, un lugar hospitalario, choca con la realidad que señala, precisamente, lo contrario. Las moscas azules se repetirán más adelante en la muerte de uno de los compañeros de trabajo y señalará el cumplimiento de sus sueños.

El espacio, en este primer capítulo, cumple con un rol simbólico, pues señala que las cosas no cambiarán para el protagonista. La visión de irrealidad que se ha señalado, se refuerza con la idea, expresada por él, de haber conocido o vivido anteriormente en este lugar:

"...De reojo vi las paredes que me aprisionaban, dándome la impresión de comprimirme ¿en qué sueños anteriores poblados de pesadillas se me habían aparecido? ¿Por qué esas murallas color tierra que parecían aplastarme [...] y tenían para mí algo de familiar?" (p. 20).

Este párrafo señala la inmutabilidad temporal: presente, pasado y futuro están ya determinados y los arrestos y rebelión de Juan Garín quedarán en eso, en deseos.

La oficina, entonces, funciona como una verdadera cárcel, es el *cepo* del que es imposible escapar. Juan Garín no piensa permanecer mucho tiempo en la Sociedad Mutualista. Es claro al conocer las condiciones de jubilación: "Me agradó la idea de que se podía jubilar con diez años de servicios; eso sí, con las diez treintenas partes del sueldo. Me aconsejó trabajar este tiempo y después irme. Es un buen consejo, siempre que yo permanezca varios años; pero no los estaré..." (p. 21).

Martínez, que entró con la idea de salir lo antes posible y que lleva ya diez años, aconseja al protagonista desde su perspectiva y revela, también, la condición de inmutabilidad que tienen sus vidas:

"-No cometas el error de ir quedándote. Sin darte cuenta, de pronto te verás aprisionado en esta oficina. Eres nuevo y me inspiras lástima... Por eso te prevengo..." (p. 22).

Lo que aquí aclara Martínez es un anticipo de lo que sucederá con Garín. El espacio físico y espiritual terminará por atraparlo en sus redes, pese a todas sus aspiraciones y al rechazo que siente por su lugar de trabajo que, en este primer momento, se concreta en un dato último: las manguillas negras que usan los oficinistas para proteger su ropa. Las rechaza y dice que: "...hice la promesa de no usarlas nunca. Considero que esos trapos negros en los brazos son la patente, el prontuario visible que se ponen

los oficinistas; igual que la chaqueta corta blanca. Encuentro que es uniformarse en exceso." (p. 22).

Los capítulos que siguen (II al X) y que configuran la Primera Parte están centrados en las experiencias y vivencias de Juan Garín durante su primer año de permanencia en la Sociedad Mutualista, pero, por la situación épica desde la que se narra, se encuentran ahí, sintéticamente, los ocho años de que habla el narrador. Es decir, como es normal en una narración en primera persona, el hoy del narrador tiñe toda la narración y el pasado refleja el presente y anticipa el futuro. Existe, entonces, un discurso en que las tres dimensiones temporales se entrecruzan, en cuanto a temple de ánimo se refiere, permanentemente. Volvemos a lo que se ha denominado, líneas atrás, inmutabilidad temporal.

Dos son los espacios en que transcurre la vida del protagonista. La pensión, a la que llega una vez que abandona la casa de sus padres, y las oficinas de la Sociedad Mutualista. Ambas configuran lugares sórdidos que le niegan todo tipo de salida. El amor con Patricia, realizado en la primera, se agota en lo físico y se considera como conducente a una prisión, a la vez que los calificativos dados a su lugar de trabajo inciden siempre en lo negativo.

La oficina es considerada como un ambiente de chismografía en que "Todo esto es repugnante" (p. 27); al acogerse a jubilación uno de los empleados, se sostiene que "No pudo soportar más el ambiente mediocre" (p. 50); el narrador dice que "Quisiera no respirar cuando estoy en la Sociedad" (p. 54) y es calificada como "...pozo de vibras..." (p. 68), "...cueva oscura..." (p. 75), "...cueva de esclavitud..." (p. 87).

Esta atmósfera espiritual negativa está en directa relación con quienes la habitan. La mirada del narrador se detiene cruelmente en esta connotación: "...Sólo había tenido ocasión de conocer sus amarguras y envidias, que eran como plantas con hojas inmensas que cubrían todo el edificio donde laborábamos. Eran como ahogados que tratan de hundir al nadador más próximo, a pesar de no tener ellos salvación..." (p. 73) y a continuación se entrega la confesión de uno de los oficinistas en una noche de borrachera. Las palabras de Lemus calan hondo en Garín, pues ellas reflejan desencanto y frustración; las ilusiones se han hecho trizas y hoy es sólo un derrotado. Todos los compañeros que escuchan las amargas palabras de Lemus sienten que ése es su caso y Garín no puede dejar de plantearse esa posibilidad.

El narrador insiste reiteradamente en la condición rutinaria que tiene la vida. El lento pasar de los días lo van convenciendo, cada vez más, de la inutilidad de su espera: "Los días pasan lentos y rápidos. Todas las tardes espero que algo suceda en mi vida y nada sucede. Creo que ésta es la forma como se pierden las esperanzas" (p. 38).

En este sentido, quiero destacar un párrafo que constituye la muerte de la esperanza, la inutilidad del esperar y el convencerse de la realidad vital que afronta. Los minutos se han transformado en años, y el presente es pasado y es futuro. Examínese, con calma, esta larga cita:

"Los primeros días en la Sociedad fueron como un juego. Podía interrumpirlo cuando quería. Pero después, al darme cuenta de que ese juego no tenía fin, me asusté. Todos los días esperaba algo, un nuevo y vago acontecimiento que cambiara mi vida por completo. Los días pasaban y nada sucedía. Luego mi esperanza fue semanal. Los sábados me agradaban porque creía que el destino me presentaría una forma de liberarme de la Sociedad, y que el día Lunes no volvería a trabajar. No estaría más entre esos compañeros que me

hastiaban, a los cuales ya les conocía todos los detalles de sus rostros, hasta las caries que tenía Sams en uno de sus dientes. Después esa esperanza se transformó en mensual. Y desde que en la Compañía de Vapores me comunicaron que habían escasas posibilidades de embarcarme, mis ilusiones se han trocado en anuales. Me siento atrapado en la rueda de la vida, en el engranaje del trabajo, en la dictadura del horario. Soy como el caballo de noria condenado a dar y dar vueltas..." (p. 44).

Sabe que no tiene escapatoria. Se siente como un pájaro enjaulado que quiere salir, pero al que "...los barrotes de esta cárcel sin rejas se lo impiden. Quisiera arrancar esas barreras en que está encerrada la limitación de la vida humana; quisiera huir fuera del mundo; estoy como en un cepo, en el cual no puedo mover la cabeza, pies, ni manos..." (p. 84).

Es la única vez que el narrador alude a la palabra *cepo* que es la clave para entender la situación en que se encuentra Garín. Se alude con ellos a los conceptos de *trampa*, *prisión*, *tormento*... En otras palabras, Juan Garín ha sido arrojado a un mundo en que no tienen cabida sus aspiraciones. El espacio físico y el clima espiritual -como ya se ha señalado- se conjugan para anular todo intento de salida. La rutina se transforma en la única situación real, sólo la muerte podrá superarla. El protagonista siente que en medio de esa rutina la vida se le va y, al mismo tiempo, la siente desperdiciada: "Es algo tan imperceptible, que sólo nos damos cuenta cuando estamos calvos y sin dientes" (p. 52). La oficina, como lugar de trabajo y de permanencia, es vista siempre como un obstáculo para los deseos del narrador y encuentra que es un trabajo que denigra y agobia al que lo practica.

Pero esta opinión del narrador que es permanente en el texto, choca con la realidad y esas afirmaciones quedan sólo en aspiraciones.

El otro espacio que se ha mencionado como determinante es la pensión en que reside el protagonista. Ahí conoce a Patricia, lo que significa la entrada al mundo del amor. Amor fácil, sin proyección, se agota en la satisfacción carnal. La primera relación se efectúa sin mediar palabras. La habitación que le fue asignada tiene características especiales: "...no da a la calle y es silenciosa. No tiene ventanas y es muy alta de techo" (p. 33), es decir, simbólicamente alude a la incomunicación.

Tampoco ve una posible salida en la relación amorosa. El matrimonio, para él, es una prolongación de lo que es la Sociedad Mutualista, física y espiritualmente es un lastre para el hombre: "Pensé en lo que sería casarme con Patricia, en tener que soportarla toda la vida, hacer el amor obligado y al despertar por las mañanas sentir su mal aliento. Era demasiado. En lo otro, la mujer le hace trizas al hombre su yo, y hasta sus más íntimos pensamientos. Ni siquiera le deja un rincón propio..." (p. 87), para remarcar lapidariamente: "...no era sino una de las tantas drogas de los hombres para alejarse de su ruta, de su propia personalidad. Era lo mismo que ir al bar a emborracharse..." (p. 87).

Como se puede apreciar, la problemática vital de Juan Garín está determinada -así lo ve él- por su relación con Patricia y su trabajo en la Sociedad Mutualista. Considera a ambos como estrictamente unidos.

Pero hay otro hecho, tal vez más importante que el anterior, en que se alude a esa fusión. Tiene un repentino dolor intercostal, del que los médicos no encuentran su origen. La única posible explicación es que tenga una causa nerviosa. Frente al aborto practicado a Patricia y a la vida infernal que vive en la oficina, la repentina dolencia es

atribuida a ambos. Lo dice el narrador: "...Patricia y la oficina son dos cosas que asocio con tanta estrechez, que estoy seguro que son las causales del dolor intercostal que tengo casi permanentemente [...] No recuerdo bien cuando me empezó el dolor: si fue en la oficina o estando con Patricia [...] La Sociedad y Patricia son mis dos preocupaciones y pienso que si logro salvarme de la oficina, lo otro llegará solo, como hilo a plomo" (p. 68).

Lo que aquí está funcionando es un estado de angustia que lo corroe por dentro y que pertenece a la tipología de la generación del 50. Sobre esto volveremos al final del presente estudio.

La Segunda Parte (capítulos I a IV) es bastante más breve que la anterior y recoge el presente del narrador-protagonista. Han pasado ocho años desde su ingreso a la Sociedad Mutualista. Lo que nos ha entregado en la Primera Parte es lo que ha sucedido en el primer año con breves retazos en el resto de los otros siete. Sin embargo, como ya se hizo notar, es todo el peso vital del tiempo transcurrido el que se encuentra ahí. No debe olvidarse que se trata de una narración en primera persona y, como tal, el relato se tiñe, en su integridad, del momento presente.

Por ello, hay una interrelación directa entre ambos tiempos, agregándose el futuro. Es decir, hay una línea que transita rutinariamente entre pasado, presente y futuro. Lo que se hará, ahora, es mostrar ese entrecruzamiento.

Lo que primero hace notar el narrador es la pérdida de la autenticidad. Ha puesto una máscara a su actuar y la hipocresía es uno de los rasgos que lo definen:

"El mimetismo adquirido y la máscara que me he puesto en estos ocho años transcurridos han servido mucho para que no me molesten [...] yo era un verdadero espía entre mis compañeros, que me creían uno de los suyos [...] Este servilismo consciente que practico no me parece denigrante para mi personalidad, pues dentro de poco podré dejarlo. Ha sido una simulación obligada; dio sus frutos que luego abandonaré." (p. 96).

Esa inautenticidad es común a todos los compañeros de oficina y se sostiene que "...cada cual no era dueño de su destino" (p. 98). Se sienten culpables, en opinión del narrador, por no haber sido capaces de sobreponerse a la atmósfera de la oficina y a la imposición de los padres. Esa frustración conduce, es el caso del contador, a la bebida. En el futuro de esos oficinistas sólo se avizora oscuridad, carencia de destino.

Lo único que sostiene a Juan Garín es la esperanza de jubilar en dos años más, pero esa aspiración es incierta. Se siente cada vez más ligado a ese espacio y sabe que detrás de las palabras hay una verdad que no se atreve a aseverar, pero que está: esa es su realidad. Por ello, su discurso es ambiguo: asevera y duda permanentemente.

Esa atmósfera teñida de *azul* y la mosca que se posa en sus hojas de exámenes vuelve a aparecer, pero ahora es distinto: "El humo azulado que llenaba el local no me molestaba como en mis primeros tiempos de empleado de oficina. Ahora lo soporto y hasta me agrada. Incluso a veces voy solo a tomar unas copas a otros bares" (p. 97). El caso de Maulén es ilustrativo para mostrar la trabazón narrativa en este sentido. Agoniza en ruta al hospital: "...se había enderezado dentro de la ambulancia y gritando pedía le sacaran las moscas azules que cubrían su cuerpo..." (pp. 104-105). La mosca es aquí símbolo de la oficina, símbolo que se carga con el sentido de podredumbre que encarna el insecto mencionado.

Dejó constancia Garín en la Primera Parte del desprecio con que los empleados antiguos consideraban a los nuevos. El sufrió esta reacción despectiva y la criticó duramente. Al contrario, él sentía lástima y pena por el destino que les esperaba a los nuevos. Sin embargo, ahora, con el paso de los ocho años transcurridos, ha cambiado, se ha ido mimetizando con la atmósfera de la oficina y siente aquel mismo desprecio hacia los nuevos que él criticaba.

El uso de las manguillas que él rechazó desde el comienzo por encontrarlas denigrantes, ahora merecen otra consideración: "Bien considerado el asunto de las manguillas es práctico. Ahora las uso porque encuentro una tontería dejar gastarse las mangas de mi traje. Igualmente, uso un pequeño cojín en mi silla, para que no se desgasten mis pantalones en las asentaderas..." (p. 127).

Se ha acomodado. No las usa porque sean prácticas, según lo afirma, sino porque las siente incrustadas en su piel. Y así ha pasado con todo:

"...Ahora veo todas las pequeñas ventajas que antes no alcanzaba a apreciar: tengo un sueldo que me permite vivir con ciertas comodidades, darme los pequeños placeres deseados y, todavía, juntar algunos pequeños ahorros para los tiempos de escasez" (p. 127).

Su participación en la huelga señala, también, su profundo cambio. Traiciona a sus compañeros, primero mediante la votación y luego rompiendo la huelga y trabajando para complacer a su jefe. Son posiciones radicalmente ambivalentes las que adopta y juega aparencialmente.

Un nuevo embarazo de Patricia lo conduce al matrimonio, a pesar de todas las reticencias que había experimentado anteriormente. Todas las bravatas resultan inútiles. Al dejar la oficina del Registro Civil, donde se casó, y llegar a la Sociedad Mutualista sintió "...el dolor del costado como una puñalada" (p. 132).

El dolor intercostal no lo ha abandonado. Todos estos años se ha hecho presente. No con la intensidad de antes, pero siempre está ahí. Delata, ese dolor, la angustia del existir.

Se está en una trampa de la cual es imposible escapar. El caso de Munita lo clarifica. Jubilado hace algún tiempo, inquiera sobre su posibilidad de reincorporación, lo que resulta inaudito al recordar el homenaje de despedida y su actitud en ese momento. El tiempo destruye todo, hasta la dignidad. Todo se derrumba. Las fotografías de años atrás que contempla en casa de Munita lo hunden en el pasado. Todo le habla de un fracaso: "Comprendí que en estos años transcurridos había tratado de aprisionar un fantasma que se escurría: la libertad y la juventud" (p. 129).

Como se puede apreciar, existe una ligazón evidente entre la Primera y la Segunda Parte.

En la novela, en su integridad, se juega permanentemente con un concepto existencial: la gratuidad del existir.

Siente miedo de vivir: "...Estaba igual que si me hubieran puesto en un camino infinitamente largo, sin preguntarme nada, sin pedir mi consentimiento, y el cual estaba obligado a seguir. No podía desviarme porque ese camino tenía murallones altos a ambos lados y me veía forzado a seguir adelante. Así es para mí la representación de la vida" (p. 49).

Las razones que esgrime para eliminar al hijo de Patricia, se sitúan en la misma perspectiva: "Era mejor suprimirlo antes que llegara, porque no deseaba que algún día

pudiera hacerme el mismo reproche que yo había formulado en cierta ocasión a mi padre: ¿para qué me había engendrado?" (p. 61).

En síntesis, se está en presencia de un personaje de rica sensibilidad que plantea una serie de problemas existenciales. Se siente prisionero en medio de un engranaje que lo destruye. Y de ahí proviene su ambigüedad: sabe que no tiene salida, pero permanentemente expresa que su posibilidad de escape está en la espera de esos dos últimos años. No es libre para realizarse auténticamente. He aquí la razón de su angustia. El texto se encuentra repleto de pensamientos que aluden a esta condición agobiante. Juan Garín es un personaje en crisis.